

¡Oh real y divina pobreza! Tú serás el anillo de mis desposorios con Jesús, que ningún otro quiero.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR

Acerca del atractivo de la gracia.

Examinar la índole de las mociones de la gracia que llevan el alma al sacrificio por el amor y la paz; lo que pide Jesús para unirnos del todo con Él. Ese móvil con que nos atrae la gracia, ¿no será el amor de Jesús únicamente, y el manso y humilde amor del corazón de Jesús?...

Lectura espiritual.—*Imitación*, libro II, capítulos XI y XII.

VIA CRUCIS

Considerar á Jesús en cada estación como modelo de la virtud de la mansedumbre, y que nos dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús humilde de corazón.

«Jesús, mi Señor—dice San Agustín,—viene á darme una enseñanza, no de crear mundos, no de asombrar al mundo con milagros y prodigios, no de hacerme célebre con virtudes brillantes; lo que viene

á decirme es: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

La humildad de Jesús; ahí tienes, alma mía, su divina enseñanza. La humildad: ahí tienes el distintivo de la santidad, la condición de sus dones: «Dios resiste á los soberbios y á los humildes da gracia.»

Es, pues, la humildad medida de las gracias de Dios para conmigo—regla de la virtud—cimiento del espiritual edificio de la perfección.

Con la humildad tengo todas las virtudes; mas sin ella, tórnanse vicios mis virtudes mismas, y obras muertas mis buenas obras.

Humildad solamente me pide Dios para bajar hacia mí, y me ensalzará en el cielo á proporción de mi humildad en la tierra.—Mas ¿cómo me tornaré humilde?—Imitando á Jesús y María.

1.º Debo sentir bajamente de mí y de lo nada que soy.—Cuanto de bueno tengo, así en el orden natural como en el sobrenatural, de Dios viene y á Él le pertenece; lo quiere como Señor mío que es: Lo que me queda, por lo tanto, de mío, es solamente mi propia nada.—Ahora bien: la nada, nada es, y no puede ni hace cosa alguna.

Con todo, y esto debe humillarme más, todavía puede mi nada producir un efecto. Pero ¿y qué efecto? El pecado, el pecado mortal.—Merecer el infierno perdiendo el cielo, ofendiendo la infinita bondad de Dios.—Digna es, pues, de todo desprecio esta nada culpable; aunque no hubiera cometido más que un solo pecado, digna es ya de todos los desprecios de los ángeles y de los hombres, como vemos aquí siempre despreciados á los presidiarios, aunque se hayan convertido y obtenido indulto.—¡Ah y qué de desprecios no merezco yo! ¡Cuántos pecados he